

Neruda en *La Nación* (1927-1929): prosa olvidada

Diez textos compilados y presentados por

JUAN LOVELUCK

Un premio literario estudiantil, cierta popularidad de mis nuevos libros y mi capa famosa, me habían dado cierta respetabilidad o aureola, más allá de los círculos estéticos. Pero en los años veinte la vida cultural de mi país y supongo que los demás del continente, dependía exclusivamente de Europa, sin respiración propia. . . Lo cierto es que apenas tuve un rudimento de fama juvenil, todo el mundo me preguntaba en la calle: —Pero, ¿qué hace usted aquí? Usted debe irse a París¹.

El azar no dispuso París, sino Rangoon, sede de un humilde consulado, y así, en momento decisivo de su evolución poética, Neruda emprende un paso fundamental para su destino creador: el viaje a Oriente. La experiencia de Neruda —dilatada, pues se extiende de 1927 a 1931—, en sus niveles más intensos es, por lo menos, doble: la de la soledad y el ensimismamiento, como bien se aprecia en los testimonios líricos del momento y en las cartas a Héctor Eandi, rescatadas por Margarita Aguirre². Por otra parte, la inmersión desgarradora en un mundo de parias y sometidos, un Oriente que ya no guarda relación con el mito soñado por los modernistas³: es su amargo revés, territorio del hambre y la explotación.

El viaje supone cambios e intensificaciones en el oficio creador del poeta y, asi-

mismo, mutaciones en el modo de existencia del hombre: tras la bohemia santiaguina y la camaradería ajugarada y liviana que el escritor y sus amigos han evocado⁴, los cinco años que Neruda vive lejos de Chile le enfrentan consigo mismo en un espejo sin engaños. Para el más acabado estudio del tiempo de las *Residencias* uno y dos, el conocimiento del período oriental posee un valor único y clarificador, advertido por la crítica. Es posible, por otra parte, que la proyección de tales experiencias superen el marco residenciario y reaparezcan mucho después en las subsiguientes orientaciones de su poesía social y combativa. Hay asuntos, temas, anécdotas a los que su creación, por entonces, fue »infiel«, según él mismo lo indica⁵. En otro aspecto, el desgarrado mundo con que el poeta se enfrenta se le ha de aparecer como una prolongación o un doble —repetido en las antípodas— de la miseria del hombre y la urbe ya poetizada en *Crepusculario*. Anota certeramente Jaime Concha, en apoyo de que la experiencia oriental de Neruda no se escinde de venideras evoluciones de la obra: »No se ha señalado, que sepamos, un hecho de gran impor-

¹Pablo Neruda, »Las Vidas del Poeta. Memorias y Recuerdos de Pablo Neruda. Los caminos del mundo, Capítulo tercero«, *O Cruzeiro Internacional*, 16 de febrero, 1962, p. 54.

²En sus dos libros, *Genio y figura de Pablo Neruda* y *Las Vidas de Pablo Neruda*.

³En su reciente *Neruda (1904-1936)*, escribe el ensayista Jaime Concha: »...Neruda desintegra, con decisiones de su propia existencia, dos mitos del Modernismo: el mito de Francia como espejismo del alma sudamericana y el mito del Oriente. Más tarde, cuando pise las tierras de India, de Ceilán y del sudeste asiático, el Oriente ya no será el nombre de la evasión, sino la oscura conciencia de la prehistoria humana«, *Neruda (1904-1936)*, Santiago, Editorial Universitaria, 1972, p. 74.

⁴Véase, por ejemplo, el artículo de Orlando Oyarzún Garcés, »García Reyes N° 25, donde vivimos con Neruda«, *La Nación Dominical* (Suplemento de *La Nación*), domingo 9 de julio, 1972, pp. 10-11.

⁵Véase »Oda al elefante«. *Obras Completas*, tercera edición, t. II, pp. 218-221.

tancia: durante la estada de Neruda en Oriente se produce una de las mayores crisis del capitalismo mundial. Es la crisis de 1929. Es sumamente decidor que Neruda viva esa crisis en uno de los lugares clásicos de la dominación imperialista, en las colonias asiáticas de Gran Bretaña y Holanda. La explotación, la miseria, el hambre no configuran sin duda un cuadro retrospectivo trazado únicamente por el poeta después de haber adherido al marxismo (*Canto General*, xv), sino que fraguan un testimonio que no deja inmune su poesía. Su condición de oscuro exiliado, su oscuridad de paria social encuentra en esos otros millones de parias que mueren cada día bajo sus ojos, a orillas del Irrawahdy o en el puerto de Colombo, un ensanchamiento colectivo, horrorosamente tangible, de su propia situación⁶.

Agreguemos a lo anterior la categoría de *prueba humana*, de desasimiento, que alcanza para Neruda el dilatado destierro de Chile. Es cierto que en la primera parte del viaje le acompaña su amigo Alvaro Hinojosa —delegado de la bohemia y la donjuanía santiaguinas—: cuando éste regresa a Chile empiezan para el poeta su persistente caída en la soledad y su diaria experiencia de un orden social oscuro y opresor.

Téngase presente, sin embargo, el propio juicio del poeta a propósito de la influencia oriental en su obra: «He leído en algunos ensayos sobre mis trabajos que mi experiencia en Extremo Oriente influye en algún sector de mi obra, especialmente en *Residencia en la Tierra*, pero, sin atravesarme a declararlo en forma tajante, me parece equivocado eso de la influencia»⁷.

Retornemos al viaje y su carga de aventura.

Iniciado en junio de 1927, en jornadas de tercera clase —barcos y trenes— que se extienden desde Buenos Aires a Lisboa, de Lisboa a Madrid y París —ciudades entrevistas apenas— y de ésta a Marsella, para continuar después la tediosa navegación hasta el destino final, Rangoon, sede de su primer consulado. Después vaga y se establece en remotos lugares, muy distantes de la imaginación viajera de hispanoamerica-

nos de sus días: Hong Kong, Colombo, Singapur, Burma, Saigón, Madras y otros, evocados, de modo especial, en sus varios libros memoriales.

Junto a lo más conocido de la escritura de dichos años —los poemas de las dos primeras *Residencias*— existen, como segunda tarea del viajero y veedor, varios artículos periodísticos aparecidos en *La Nación* de Santiago. Estos, de modo inexplicable, no han sido recopilados ni incluidos en las *Obras Completas* sino en forma fragmentaria. Margarita Aguirre reproduce «Diurno de Singapur» en *Las vidas de Pablo Neruda*⁸, pero su transcripción omite el final del artículo. En la tercera edición de las *Obras Completas* (1968), se ofrece el mismo trabajo, con la manquedad anotada, más el que lleva por título «Madras. Contemplaciones del acuario». Así, pues, esta serie de prosas nerudianas participan casi de la ineditéz y el misterio no les es ajeno.

Hagamos justicia al desaparecido crítico Jorge Sanhueza, que llamó la atención sobre este ignorado aspecto de la producción nerudiana de la época residenciaria⁹.

Neruda, a la vez que enviaba a *La Nación* artículos con sus impresiones de lugares y costumbres, publicó en el mismo periódico un poema de *Residencia...: «Monzón de junio»*, con la anotación «Colombo, 1928», apareció el domingo 22 de diciembre, 1929 (página 4). Por los mismos años aparecen en *Atenea* (de Concepción), «Juntos nosotros» y «Sonata y destrucciones» (1928), «Nuevos poemas» (1929), «Colección nocturna» (1930). Dentro del repertorio crítico nerudiano, agréguese su «Introducción a la poética de Angel Cruchaga», en la misma revista (1931).*

El olvido o desestimación de las correspondencias de Neruda a *La Nación* es curioso e injustificado, pues ellas en más de un sentido se relacionan con la producción poética de dichos años: de modo numeroso

⁸Santiago, Editorial Zig-Zag, 1967, pp. 157-161.

⁹Jorge Sanhueza, «Pablo Neruda, los poetas y la poesía», *Aurora*, Santiago, Chile, segunda época, año 1, números 3-4, julio-diciembre, 1964, p. 36. Hay varios errores en la cronología de los artículos. Véase la cronología de publicaciones establecida por Hernán Loyola, *Obras Completas* de Neruda, tercera edición, t. II, 1968, especialmente pp. 1405-1407.

*Se trata de «Monzón de mayo».

⁶Jaime Concha, libro citado, p. 236.

⁷P. Neruda, «Las vidas del poeta. Memorias y recuerdos de Pablo Neruda, La calle oriental, Capítulo cuarto», *O Cruzeiro Internacional*, marzo 1 de 1962, p. 33.

revelan la cantera común —verbal e imaginaria— de que arrancan.

En verdad, léxico, código metafórico, sistema imaginístico, registro de temas y preferencias sintácticas, son comunes, reconocibles en cada línea. Poseen, además, variedad dentro de una concepción del «periodismo literario», que suplanta la actualidad noticiosa por una elaboración cuidada y una descripción creadora, original. Se da en ellos, alguna vez, la cercanía al poema en prosa; otras, la indagación viva en el uso y la costumbre, o bien —como en la elegía a Augusto Winter— el homenaje a un viejo poeta desaparecido, dentro de una intensa preocupación nerudiana: la de honrar a la Poesía y a sus creadores. Pero sea cual fuere

el asunto, aparece siempre un contemplador apasionado que no se rinde a la señas de lo aparente ni pierde profundidad entre engañosos velos costumbristas.

Siguen diez de las prosas nerudianas —«ocios» las llamó el poeta—, en el orden en que vieron la luz en *La Nación*. Ellas son: «Imagen viajera», «Danza de Africa», «Colombo dormido y despierto», «Diurno de Singápoet», «Madras. Contemplaciones del Acuario», «El sueño de la tripulación», «Contribución al dominio de los trajes», «Invierno en los puertos», «Nombre de un muerto» y «Ceylán espeso».

JUAN LOVELUCK

*Imagen viajera**

Alta mar, julio, 1927.

De esto hace algunos días. El inmenso Brasil saltó encima del barco.

Desde temprano la bahía de Santos fue cenicienta, y luego las cosas emanaron su luz natural, el cielo se hizo azul. Entonces la orilla apareció en el color de millares de bananas, acontecieron las canoas repletas de naranjas, monos macacos se balanceaban ante los ojos y de un extremo a otro del navío chillaban con estrépito los loros reales.

Fantástica tierra. De su entraña silenciosa ni una advertencia: los macizos de luz verde y sombría, el horizonte vegetal y tórrido, su extendido, cruzado, secreto de lianas gigantescas llenando la lejanía, en una circunstancia de silencio misterioso. Pero las barcas crujen reventadas de cajones: café, tabaco, frutas por enormes millares, y el olor lo tira a uno de las narices hacia la tierra.

Allí subió aquel día una familia brasilera; padre, madre y una muchacha. Ella, la niña era muy bella.

Buena parte de su rostro la ocupan los ojos, absortos, negrazos, dirigidos sin prisa con abundancia profunda de fulgor. Debajo de la frente pálida hacen notar su presencia en un aleteo constante. Su boca es grande porque sus dientes quieren brillar en la luz del mar desde lo alto de su risa. Linda criolla, compadre. Su ser comienza en dos pies diminutos y sube por las piernas de forma sensual, cuya maduridad la mirada quisiera morder.

**La Nación*, Santiago de Chile, domingo 14 de agosto, 1927.

Despacio, despacio va el barco costearo estas tierras, como si hiciera gran esfuerzo por desprenderse, como si lo atrajeran las voces ardientes del litoral. De pronto caen sobre cubierta muy grandes mariposas negras y verdes, de pronto el viento silba con su aire caliente desde tierra adentro, tal vez trayendo la crónica de los trabajos de las plantaciones, el eco de la marcha sigilosa de los seringueiros hacia el caucho, otra vez se detiene y su pausa es una advertencia.

Porque aguas andando llegamos a la línea ecuatorial. En el desierto de agua como aceite penetra el barco sin ruido, como en un estanque. Y tiene algo de pavoroso este acceso a una atmósfera caliente en medio del océano. ¿Dónde comienza este anillo incendiado? El navío marcha en la más silenciosa latitud, desierta, de implacable ebullición apagada. ¿Qué formas fantasmas habitarán el mar bajo esta presión de fuego?

Marinech, la brasilera, ocupa cada tarde su silla de cubierta frente al crepúsculo. Su rostro levemente se tiñe con las tintas del firmamento, a veces sonrío.

Es amiga mía, Marinech. Conversa en la melosa lengua portuguesa, y le da encanto su idioma de juguete. Quince enamorados la rodean formando círculo. Ella es altiva, pálida, no muestra preferencia por ninguno. Su mirada, cargada de materia sombría, está huyendo.

Bueno, las tardes al caer en la tierra se rompen en pedazos, se estrellan contra el suelo. De ahí ese ruido, esa oquedad del crepúsculo terrestre, esa greguería misteriosa que no es sino el aplastarse vespertino del día. Aquí la tarde cae en silencio letal, como el desplomarse de un oscuro trape sobre el agua. Y la Noche nos tapa los ojos de sorpresa sin que se oigan sus pasos, queriendo saber si ha sido reconocida, ella, la infinita inconfundible.

*Danza de Africa**

Djibouti, septiembre 2 de 1927.

Debo escribir este pasaje con mi mano izquierda, mientras con la derecha me resguardo del Sol. Del agudo sol africano que, uno a uno, hace pasar mis dedos del rojo al blanco. Entonces los sumerjo en el agua; bruscamente se hacen tibios, fríos, pesados. Mi mano derecha se ha hecho de metal; venceré con ella (ocultándola en un guante) a los más espantosos boxeadores, al más atrevido fakir.

Estamos frente a Djibouti. No se nota el límite del Mar Rojo y del Océano Índico: las aguas franquean esta barrera de letras, los títulos del mapa, con inconsciencia de iletrados. Aquí se confunden aguas y religiones, en este mismo

**La Nación*, Santiago de Chile, domingo 20 de noviembre, 1927.

punto. Los primeros salmones budistas cruzan indiferentes al lado de las últimas truchas sarracenas.

Entonces de la profundidad del litoral saltan los más graciosos negroides somalíes a pescar monedas del agua o del aire. Episodio descrito millones de veces y que de verdad es así: el granuja es de aceituna, con altas orejas egipcias, con boca blanca de una sola y firme sonrisa, y cuyo ombligo notable se ve que ha sido trazado por una moneda francesa lanzada desde la borda con demasiada fuerza. Son una flota de abejas oscuras que a veces, al vuelo, cazan el ejemplar fiducioso; las más del tiempo lo arrancan del mar y lo levantan en la boca, habituándose así a ese alimento argentino que hace del tipo somalí una especie humana de consistencia metálica, clara de sonido, imposible de romper.

Djibouti es blanco, bajo, cuadrado en su parte europea, como todos los dedos sobre un hule resplandeciente. Djibouti es estéril como el lomo de una espada: estas naranjas vienen de Arabia; esas pieles, de Abisinia. Sobre esta región sin inclinaciones de madre el sol cae vertical, agujereando el suelo. Los europeos se esconden a esta hora en el fondo de sus casas con palmeras y sombra, se sepultan dentro de las bañeras, fuman entre el agua y los ventiladores. Sólo transitan por las calles, perpetuamente fijas en una iluminación de relámpago, los orientales desaprensivos: callados hindúes, árabes, abisinios de barbas cuadradas, somalíes desnudos.

Djibouti me pertenece. Lo he dominado paseando bajo su sol en las horas terribles: el mediodía, la siesta, cuyas patadas de fuego rompieron la vida de Arturo Rimbaud, a esa hora en que los camellos hacen disminuir su joroba y apartan sus pequeños ojos del lado del desierto.

Del lado del desierto está la ciudad indígena. Tortuosa, aplastada, de materiales viejos y resecos: adobe, totoras miserables. Variada de cafés árabes en que fuman tendidos en esteras, semidesnudos, personajes de altivo rostro. Al dar vuelta a un recodo, gran zalagarda de mujeres, pollerones multicolores, rostros negros pintados de amarillo, brazaletes de ámbar: es la calle de las danzarinas. En multitud, a racimos, colgadas de nuestros brazos, quieren, cada una, ganar las monedas del extranjero. Entro en la primera cabaña, y me tiendo sobre un tapiz. En ese instante, del fondo, aparecen dos mujeres. Están desnudas. Bailan.

Danzan sin música, pisando en el gran silencio de Africa como en una alfombra. Su movimiento es lento, precavido, no se las oiría aunque bailaran entre campanas. Son de sombra. De una parecida sombra ardiénte y dura, ya para siempre pegada al metal recto de los pechos, a la fuerza de piedra de todos los miembros. Alimentan la danza con voces internas, gastrálgicas, y el ritmo se hace ligero, de frenesí. Los talones golpean el suelo con pesado fulgor: una gravitación sin sentido, un dictado irascible las impulsa. Sus negros cuerpos brillan de sudor como muebles mojados; sus manos, levantándose, sacuden el sonido de los brazaletes.

tes, y de un salto brusco, en una última tensión giratoria, quedan inmóviles, terminada la danza, pegadas al suelo como peleles aplastados, ya pasada la hora de fuego, como frailes derribados por la presencia de lo que suscitaron.

Ya no bailan. Entonces llamo a mi lado a la más pequeña, a la más grácil bailadora. Ella viene: con mi chaqueta blanca de *palm-beach* limpio su frente nocturna, con mi brazo atraigo su cintura estival. Entonces le hablo en un idioma que nunca antes oyó, le hablo en español, en la lengua en que Díaz Casanueva escribe versos largos, vespertinos; en la misma lengua en que Joaquín Edwards predica el nacionalismo. Mi discurso es profundo; hablo largamento con elocuencia y seducción; mis palabras salen, más que de mí, de las calientes noches, de las muchas noches solitarias del Mar Rojo; y cuando la pequeña bailarina levanta su brazo hasta mi cuello, comprendo que comprende. ¡Maravilloso idioma!

*Colombo dormido y despierto**

Septiembre 8 de 1927, Oceano Indico.

Después de las diez de la noche (hora inglesa) Colombo fallece. Estuve en Colombo a las 10:05, ansioso de alcanzar aún un estertor. Aquello había muerto de golpe, aquello era una ciudad sin sombra, sin luz; era Valparaíso de noche o Buenos Aires. Era un puerto de geometría; sus ángeles blancos no tenían el menor parentesco con las axilas orientales cargadas de temperatura y color. Era el plano en relieve de una población hierática, dura, sin respiración, sin bebidas. Ni rastro de mujeres, ni sombra de canciones alegres. Adiós.

Volví de mañana. Los muertos habían salido del sepulcro, los muertos de extraños colores y vestidos. Aquel sacudimiento de resurrección tenía el alcance y el efecto del torbellino. Al escarbar esa indiferente cáscara terrestre, quedaron al sol las entrañas secretas de Ceylán, y su sonido ensordecedor, su ronca voz de timbal. Voy sentado en la *ricksha* de la que tira con ligereza un cingalés que para correr toma una apariencia de avestruz. La ciudad indígena hierve a mis cuatro lados, y paso entre los doscientos ochenta mil habitantes de Colombo, toda una movible hora de color.

La multitud que cruza tiene cierta uniformidad. Los hombres de tinte moreno oscuro, van vestidos sencillamente, con pollerón que los recubre casi enteros, el *vetti* nacional. Las mujeres, casi todas con adornos en la nariz, agujereada con piedras azules o moradas, vestidas de tul pesado, al cuello echarpes multicolores. Entre la gran multitud de seres descalzos, de cuando en cuando ingleses de grandes botas, malayos de zapatillas de terciopelo. Las gentes de Ceylán son rara-

**La Nación*, Santiago de Chile, domingo 4 de diciembre, 1927.

mente hermosas; en cada rostro, regular y ardiente, dos ojos de fuerza, de mirada impresionantemente grave. Parece no existir ni la miseria ni el dolor en este mundo indiferente. Los viejos marchan con la cabeza erguida, su mirada de carbón es alterna, y los pilletes semidesnudos sonrían con soltura, sin petición, sin aire de limosna.

Las pequeñas, blancas casas hindúes prolongan en toda la acera sus tiendas, invadiéndolas de mercancías extrañas. Las tiendas de los peluqueros asombran sobre todo: el cliente y el barbero están en cuclilla, inmóviles uno frente al otro, como en la práctica de un paciente rito. El barbero me mira sin inquietud, mientras recorre el cráneo de su contendor con una larguísima navaja. Los usureros, llamados *chettys*, se pasean con grandes barbas de monarca, en camisa, con aire impasible; pasan varones de aspecto religioso con una viva mancha fulgurante de azafrán en el entrecejo; otros más ricos con un rubí o un diamante incrustado. En todas las tiendas, caucho, sederías, té y elefantes de ébano con colmillos de marfil, de pedrería, de todas dimensiones. Compro uno en tres rupias del tamaño de un conejo.

Este colorido variado, como un árbol cuyas hojas fueran cada una diferente de tono, de forma, de estación, forma junto a uno una atmósfera inmensa de sueño, de vieja historia. Son de cuento también, de amarillenta poesía los cuervos que por cientos se hospedan en las cornisas de la ciudad indígena, bajando hasta la acera, cambiando de vereda en vuelos cortos, quedando inmóviles y chuecos encima de las puertas como números de cantidad desconocida.

Pero no fue accesible el templo brahamánico de Colombo, viejo de trescientos años, con su exterior barroco, apretado de mil figuras guerreras, femeninas, místicas, talladas y pintadas en azules, verdes y rojos, con sus dioses de nueve caras soberbias y sus diosillos de cabeza de elefante. Impide la entrada un bonzo pintado de azafrán, siendo inútil mi gesto de descalzarme o de sacar algunas rupias. Los templos hindúes están prohibidos al extranjero, y debo contentarme con mirar y escuchar fragmentos de ceremonias. Frente a las puertas, dos creyentes rompen contra el suelo de piedra grandes cocos cuya pulpa blanca queda ofrecida así al Dios Brahma. Suena un campanín que indica el momento de las libaciones de flores; los bonzos corren, se prosternan, se tienden en el suelo con aire de heridos mortales.

Lo más hermoso de Colombo es el mercado, esa fiesta, esa montaña de frutas y hojas edénicas. Se apilan a millones las piñas, las naranjas verdes, los minúsculos limones asiáticos, las nueces de *arec*, los mangos, las frutas de nombre difícil y de sabor desconocido. Las hojas de betel se apilan en columnas gigantescas, ordenadas con perfección como billetes, al lado de los frejoles de Ceylán, cuyo *capi* tiene un metro de largo. El inmenso mercado se mueve, hierve por todas partes su carga fastuosa, embriaga el perfume agudo de los frutos, de los montones de

legumbres, el color exaltado, brillante como cristalería, de cada montón, detrás del cual muchachos hindúes no más morenos que sudamericanos, miran y sonríen con mas sabiduría, más resonancia íntima, en actitud de más calidad que la manera criolla. Por lo demás, a veces el parecido sobrecoge; de repente se acerca un dibujante de tatuajes igual a Hugo Silva, un vendedor de betel con el mismo rostro del poeta Homero Arce.

El barco sale de Colombo. Es desde luego la inmensidad del puerto cosmopolita, sus barcos mercantes de todas latitudes, y al centro un crucero inglés, blanco, plateado, delgado, perfecto y liso como un diente o un cuchillo. Queda ahí frente a los bosques de la isla, frente al techo agudo de las pagodas, entre el olor a especias que llega de la tierra sometida, pegado al mar como signo de fría amenaza.

Luego, dispersas, las canoas cingalesas, de velas ocre y rojo, tan estrechas que los tripulantes van de pie sobre ellas. De pie y desnudos, como estatuas, parecen salir de la edad eterna del agua, con ese aire secreto de la materia elemental.

*Diurno de Singapore**

Singapore, octubre de 1927.

Despierto: pero entre yo y la naturaleza aún queda un velo, un tejido sutil: es el mosquitero de mi cama. Detrás de él las cosas han tomado el lugar que les corresponde en el mundo: las novias reciben una flor: los deudores una cuenta. ¿Dónde estoy? Sube de la calle el olor y el sonido de una ciudad, olores húmedos, sonidos agudos. En la blanca pared de mi habitación toman el sol las lagartijas. El agua de mi lavatorio está caliente, zancudos nacidos en la línea ecuatorial me muerden los tobillos. Miro la ventana, luego el mapa. Estoy en Singapore.

Sí, porque al oeste de la bahía viven los oscuros hindostánicos, más acá los morenos malayos: frente a mi ventana los chinos verdaderamente amarillosos, y al este los rosados ingleses: en transición progresiva, como si sólo aquí hubieran ido cambiando de color y lentamente hubieran adoptado unos el budismo, otros el arroz: otros el tenis¹.

Pero verdaderamente, la capital de los Strait Settlements es China. Hay 300 mil pálidos y oblicuos ciudadanos, ya sin coleta, pero todavía con opio y bandera nacionalista. Hay dentro de la ciudad una inmensa, hervidora, activísima ciudad china. Es el dominio de los grandes letrados con bellas letras jeroglíficas, misteriosos alfabetos que cruzan de lado a lado la calle, salen de cada ventana y cada puerta, en espléndida laca roja y dorada, entremedio de dragones de auténtico

**La Nación*, Santiago de Chile, domingo 5 de febrero, 1928, p. 2.

¹ »otros el tenn«, en la transcripción de las *Obras Completas*, II, p. 1030.

coromandel. Desde entonces, son la pura advertencia de los nuevos enigmas, de la gorda tierra, y aunque anuncien el mejor betún, o la perfecta sombrerería, hay que darles significación oculta y desconfiar de su apariencia.

¡Magnífica muchedumbre! Las anchas calles del barrio chino dejan apenas trecho para el paso de un poeta. La calle es mercado, restaurante, inmenso montón de cosas vendibles y seres vendedores. Cada puerta es una tienda repleta, un almacén reventado que no pudiendo contener su mercancías las hace invadir la calle. En ese revolverse de abarrotes y juguetes, de lavaderos, zapatistas, panaderos, prestamistas, muebleros, en esa jungla humana no hay sitio apenas para el comprador. A cada lado de la calle las comidas se amontonan en hileras de mesas, largas de cuadras y cuadras, frecuentadas a toda hora por pacientes comedores de arroz, por distinguidos consumidores de spaghetti, los largos spaghetti que caen a veces sobre el pecho como cordones honoríficos¹.

Hay forjadores que manejan sus metales en cuclillas, vendedores ambulantes de frutas y cigarros, juglares que hacen tiritar su mandolino de dos cuerdas. Casas de peinadoras en que la cabeza de la cliente se transforma en un castillo duro, barnizado con laca. Hay ventas de pescados adentro de frascos: corredores de hielo molido y cacahuets: funciones de títeres: aullidos de canciones chinas: fumaderos de opio con su letrero en la puerta:

Smoking Room

Los mendigos ciegos anuncian su presencia a campanillazos. Los encantadores de serpientes arrullan sus cobras sonando su música triste, farmacéutica. Es un inmenso espectáculo de multitud cambiante, de distribución millonaria: es el olor, el traqueteo, la paciencia, el color, la sed, el hambre, la mugre, la costumbre del Lejano Este.

Es en la ciudad europea donde se agitan confundidas las remotas razas detenidas en la puerta del Extremo Oriente. Pasan tomados de la mano con largas cabelleras y faldas los cingaleses: los hindostánicos con sus torsos desnudos: las mujeres del Malabar con su pedrería en la nariz y en las orejas: los musulmanes con su bonete truncado. Entre ellos los policías, de la raza *sikh*, todos igualmente barbudos y gigantescos. El malayo originario escasea, ha sido desplazado del oficio noble, y es humilde coolí, infeliz *rickshaman*. Eso han devenido los viejos héroes piratas: ahí están los nietos de los tigres de la Malasia. Los herederos de Sandokán han muerto o se han fatalizado, no tienen aire heroico, su presencia es miserable. Su único barco pirata lo he visto ayer en el Museo Raffles: era el navío de los espíritus de la mitología malaya. De sus mástiles colgaban tiesos ahorcados de madera, sus terribles mascarones miraban al infierno.

¹ *Obras Completas*, II, p. 1030, omite »los largos spaghetti«.

Dirigen el tránsito los policías con alas de tela en cada hombro, matapijos de pie. Los tranvías de dos trolleys cruzan blandamente el asfalto brillante. Todo tiene un aire corroído, patinado de viejas humedades. Las casas sustentan grandes costurones de vejez, de vegetaciones parásitas: todo parece blando, carcomido. Los materiales han sido maleados por el fuego y el agua, por el sol blanco de mediodía, por la lluvia ecuatorial, corta y violenta como un don otorgado de mala gana.

Al otro lado de la isla de Singapore, separado por una angosta visitación del mar, está el sultanato de Johore. El auto corre por espacio de una hora el camino recién abierto entre la jungla. Vamos rodeados por un silencio pesado, acumulado: por una vegetación de asombro, por una titánica empresa de la tierra. No hay un hueco, todo lo cubre el follaje violentamente verde, el tronquerío durísimo. Se encrespan las trepadoras parecidas al *coille*, en los árboles del pan, se nutren de la altura las rectas palmeras cocoteras, los *bamboos* gruesos como pata de elefante, los *traveller-trees* en forma de abanico.

Pero lo extraordinario es una venta de fieras que he visto en Singapore. Elefantes recién cazados, ágiles tigres de Sumatra, fantásticas panteras negras de Java. Los tigres se revuelven en una furia espantosa, no son los viejos tigres de los circos de fieras, tienen otra apostura, diverso color¹, un listado pardo de tierra, un tinte natural recién selvático. Los pequeños elefantes soñolientan en una atmósfera de chiquero; las panteras hacen relumbrar dos discos de oro desde el pellejo de azabache. Cuatro cachorros de tigre valen dos mil dólares; y mil una serpiente pitón de doce metros, vestida de gris. Orangutanes ladrillosos asaltan con furia la pared de la jaula; los osos de Malasia juegan con aire infantil.

Pero, venido de plumas de fuego. Conjunción de zafiros y azufres, anhelo de los ornitólogos. Estaba como la astilla de una cantera deslumbradora: un Pájaro del Paraíso, de luz y sin objeto.

*Madras. Contemplaciones del Acuario**

Madras, noviembre, 1927

Por la mañana se instala en el barco un juglar hindú y encantador de serpientes. Sopla una calabaza de sonido estridente, lúgubre, y como eco se desenrolla desde un canastillo redondo una cobra parda, de cabeza aplastada: la terrible *naja*. Fastidiada en su reposo, quiere en cada momento pinchar al encantador: otras veces,

¹La transcripción de este artículo se interrumpe aquí en las *Obras Completas*, II, p. 1032. Ofrecemos, pues, el texto completo. La transcripción que ofrece Margarita Aguirre (*Las vidas del poeta*) también es incompleta.

**La Nación*, Santiago de Chile, domingo 12 de febrero, 1928, p. 10. Se reproduce en las *Obras Completas*, II, 1968, pp. 1026-1029.

con horrible pánico de los pasajeros, trata de aventurarse sobre el puente. El virtuoso no para en eso: hace crecer árboles, nacer pájaros a la vista de todos: fomenta sus trucos hasta lo increíble.

Madras da idea de una ciudad extendida, espaciosa. Baja, con grandes parques, calles anchas, es un reflejo de ciudad inglesa en que de repente una pagoda, un templo, muestran su arquitectura envejecida, como restos de instinto, rastros oscurecidos del resplandor original. La primera miseria indígena se hace presente al viajero, los primeros mendigos de la India avanzan con pasos majestuosos y mirada de reyes, pero sus dedos agarran como tenazas la pequeña moneda, el *anna* de níquel: los coolíes sufren por las calles arrastrando pesadas carretas de materiales: se reconoce al hombre reemplazando los duros destinos de la bestia, del caballo, del buey. Por lo demás, estos pequeños bueyes asiáticos, con su larga cornamenta horizontal, son de juguetería, van ciertamente rellenos de aserrín o son tal vez apariciones del bestiario adorativo.

Pero quiero celebrar con grandes palabras las túnicas, el traje de las mujeres hindúes, que aquí encuentro por primera vez. Una sola pieza que luego de hacerse falda, se terna al torso con gracia sobrenatural envolviéndolas en una sola llama de seda fulgurante, verde, púrpura, violeta, subiendo desde los anillos del pie hasta las joyas de los brazos y del cuello. Es la antigüedad griega o romana, el mismo aire, igual majestuosa actitud las grecas doradas del vestido, la severidad del rostro ario, parecen hacerlas resurgir del mundo sepultado, criaturas purísimas, hechas de gravedad, de tiempo.

Un *ricksha* me lleva a lo largo de la Avenida Marina, orgullo de Madras, ancha de asfalto, con sus jardines ingleses entrecortados de palmeras, con su orilla de agua, el agua extensa del Golfo de Bengala. Grandes construcciones públicas llenas de árboles, canchas de tennis con jugadores morenos en verdad entusiastas. Estamos bajo el sol del primer mes de invierno, un sol terrible que golpea sin conmoverse ante esa fría palabra. La espalda de mi rickshaman chorrea sudor, por la hendidura de su espinazo de bronce veo correr los hilos gruesos y brillantes.

Vamos al Acuario Marino de Madras, famoso en un vastísimo alrededor por sus extraordinarios ejemplares. En verdad es extraordinario.

Hay no más de veinte estanques, pero llenos de excelentes monstruos. Los hay inmensos peces caparazudos y sedentarios, leves medusas tricolores, peces canarios, amarillos como azufre. Hay pequeños seres elásticos y barbudos: graciosos *maderas* que comunican a quien los toca un sacudimiento eléctrico: »peces dragones«, trompiformes, aletudos, enjaezados de defensas, parecidos a caballeros de torneo medieval, con gran ruedo de cachivaches protectores.

Pasean por su soleado estanque los »peces mariposas«, anchos como lengua-

dos, con¹ una varilla enmarcada en el lomo y anchas cintas azules y doradas. Los hay como cebras, como dominós de un baile subterráneo, con azules eléctricos, con grecas dibujadas en bermellón, con ojos de pedrería verde semicubiertos de oro. Los caballitos de mar se sostienen enroscados de la cola en un trasplantada coralífera.

Las serpientes marinas son impresionantes. Pardas, negras, algunas se elevan como columnas inmóviles desde el fondo del estanque. Otras en un perpetuo martirio de movimiento ondulan con velocidad sin detenerse un segundo. Ahí están las siniestras cobras del mar, iguales a las terrestres, y aún más venenosas. Se sobrevive sólo algunos minutos a su mordedura, y ay del pescador que en su red nocturna aprisionó tal siniestro tesoro.

Al lado de ellas, metidas todas en una pequeña gruta, las murenas del Océano Indico, crueles anguilas de vida gregaria, forman un indistinto nudo gris. Es inútil intentar separarlas, atraviesan los altos estanques del Acuario para juntarse de nuevo a su sociedad. Son un feo montón de brujas o condenadas al suplicio, moviéndose en curvaturas inquietas, verdadera asamblea de monstruos viscerales.

Hay pequeños peces milimétrales, de una sola escama: agudos escualos manchados de pintura: pulpos curiosos como trampas: peces que caminan en dos pies como humanos: habitantes del mar nocturno, sombríos, forrados de terciopelo: peces cantores, a cuyo llamado se congrega su cardumen: ejemplares contemporáneos del que se tragó Angel Cruchaga, pez diluvial, remotísimo. Inmóviles en el fondo de los estanques o girando en anillos eternos, dan idea de un mundo desconocido, casi humano: condecorados, guerreros, disfrazados, traidores, héroes, se revuelven en un coro mudo y anhelante de su profundísima soledad oceánica. Se deslizan, puros de materia, como colores en movimiento, con sus bellas formas de bala o de ataúd.

Es tarde cuando regreso del movible Museo. Ya a la puerta de las casas, hindúes en cuclillas comen su carie, sobre hojas anchas, en el suelo, con lentitud: las mujeres mostrando sus tobilleras de plata y sus pies con pedrerías: los hombres melancólicos, más pequeños y oscuros, como aplastados por el inmenso crepúsculo de la India, por su palpitación religiosa.

En los lanchones del malecón, en la semioscuridad, los pescadores tejen redes con destreza, y la mirada sobrecogida, ausente. Uno de ellos, en cada grupo, lee a la luz de una lámpara que vacila: su lectura es un canturreo, a veces un poco gutural y salvaje, otras veces desciende apenas hasta los labios en un palabrerío imperceptible. Son oraciones, alabanzas sagradas, leyendas rituales, ramayanas.

¹ como, por errata, en la transcripción de este artículo en las *Obras Completas*, edición citada, p. 1028.

Bajo su imperio hallan consuelo los sometidos, los dominados: resucitando sueños cósmicos y heroicos, buscan caminos para el olvido, nutrición para la esperanza.

*El sueño de la tripulación**

Cargo »Elsinor«

Golfo de Bengala, septiembre, 1927.

El barco cruza insensible su camino. ¿Qué busca? Pronto tocaremos Sumatra. Eso disminuye su marcha, y poco a poco se torna imperceptible, de pavor de hundirse repentinamente en los blandos boscajes de la isla, de despertar en la mañana con elefantes y tal vez ornitorrincos sobre el puente.

Es de noche, una noche llegada con fuerza, decisiva. Es la noche que busca extenderse sobre el océano, el lecho sin barrancas, sin volcanes, sin trenes que pasan. Allí ronca su libertad, sin encoger sus piernas en las fronteras, sin disminuirse en penínsulas; duerme, enemiga de la topografía con sueño en libertad.

La tripulación yace sobre el puente, huyendo del calor, en desorden, derribados, sin ojos, como después de una batalla. Están durmiendo, cada uno dentro de un sueño diferente, como dentro de un vestido.

Duermen los dulces anamitas, con el torso dormido sobre mantas, y Laho, su caporal, sueña levantando una espada de oro bordada; sus músculos se mueven, como reptiles dentro de su piel. Su cuerpo sufre, se fatiga luchando. Otros tienen adentro un sueño de guerreros, duro como una lanza de piedra y parecen padecer, abrir los ojos a su aguda presión. Otros lloran levemente, con un ronco gemido perdido, y los hay de sueño blando como un huevo, cuyo tejido a cada sonido, a cada emoción, se quiebra; el contenido resbala como la leche sobre cubierta, y luego se recompone, se pegan sus cáscaras sin materia y sin ruido, y el hombre sigue absorto. Hay otros.

Laurent, el verdadero marinero del Mediterráneo, reposa echado, con su camiseta rayada y su cinturón rojo. Los hindúes duermen, con los ojos vendados, separados de la vida por esa venda de condenados a muerte, y uno que otro pone la mano levemente en el sitio del corazón, batiéndose bravamente con el sueño como con una bala. Los negros de la Martinica duermen, voluptuosos, diurnos: la Oscuridad Indica se traspone en una siesta de palmeras, en acantilados de luz inmóvil. Los árabes amarran su cabeza para mantenerla fija en la dirección de Mahoma muerto.

Alvaro Rafael Hinojosa duerme sin sueño, sueña con costureras de Holanda, con profesoras de Charlesville, con Erika Pola de Dresden; su sueño es una

**La Nación*, Santiago de Chile, domingo 26 de febrero, 1928.

descomposición del espacio, un líquido corruptor, un barreno. Se siente descender en esa espiral de taladro, tragado como una mariposa en un ventilador muy grande; se nota perforando las distancias duras de la tierra, los transcurso salobres del mar; se ve perdido, débil, sin piernas, enrollado en la transmigración interminable; queriendo regresar golpea con la frente edades equivocadas, sustituidas; regiones de las que huye, recibido como descubridor. De un punto a otro del tiempo vuela con furor, el viento silba a su lado como en torno a un proyectil

Los chinos prosternados a medias se han encajado su máscara de sueño, helada, tiesa, y andan entre lo dormido como en el fondo de una armadura. Los corsos roncan, sonoros como caracolas, llenos de tatuajes, con semblante de trabajo. Es que levantan el sueño como la arboladura de una barcaza, a golpe de músculo, con oficio mariner. También su barco es el más seguro entre los sueños, apenas titubea en el temporal celeste; lleva entre los cordajes ángeles y cacatúas ecuatoriales.

Allí está Dominique, tendido sobre las tablas. En el tobillo está tatuado Marche ou Crève, con letras azules. En los brazos tiene una mano sujetando un puñal, lo que significa valor; en el pecho el retrato de la ingrata Eloise, entre una araña de vello; lleva además tatuadas las piernas con anclas que conjuran los peligros del mar; palomas que evitan la cárcel de la rosa de los vientos, buena para orientarse y protectora de la embriaguez.

Los hay que duermen sin soñar, como minerales; otros con cara asombrada como ante una barrera infranqueable. Yo extendiendo mi estera, cierro los ojos y mi sueño se arroja en su extensión con infinito cuidado. Tengo miedo de despertarlos. Trato de no soñar con cascabeles, con Montmartre, con fonógrafos; podrían despertar. Soñaré con mujercitas las más silenciosas: Lulú o mejor Laura, cuya voz más bien se leía, más bien era del sueño.

*Contribución al dominio de los trajes**

Hay fronteras del planeta en que los trajes florecen. Hay una estación para ellos: una primavera detenida, un verano fantástico. El vestido, compañero gris de la acción, ángel cotidiano, sonrío. Era en verdad eterna aquella agonía de colores; mano a mano no había diferencia entre multitudes de la España abrasadora y de la lluviosa Gran Bretaña. Multitudes confusas, ennegrecidas; añoradoras del impermeable, idólatras del tongo; formadas en lúgubres vestimentas burocráticas, uniformadas bajo el mandato del casimir.

**La Nación*, Santiago de Chile, domingo 4 de marzo, 1928.

Esta oscuridad vestuaria, aparentemente sin consecuencias, ha ido dañando profundamente el sentido de lo histórico, ha detenido el sentimiento popular de grandeza. Revolución, destronamiento, conspirador, motín, todo este magnífico rosario de efectos aún actuales, hoy suena a hueco, a difunto, ahogado en las profundidades del pantalón, sometido al smoking y al paraguas.

Esas palabras, sus grandes significaciones, abandonan el mundo expulsadas por un vestuario sin grandeza. Pero sin duda sobrevendrán futuramente acompañando al Dictador del Vestido que, con corazón de dictador, amará la mágica Opera Italiana y restituirá los bellos borceguíes de terciopelo, el calzón encarrujado, la manga azul turquí.

Pero quiero hablar del Oriente, de esta continua *saison* de los trajes. Me gusta, por ejemplo, el Teatro Chino, que parece ser sólo eso: una idealización del vestido, restitución a lo maravilloso. Todo parece referirse allí al lujo, a la magnificencia vestimental. Muchos meses y por largas horas he asistido al desarrollo de la lentísima dramática china. Como sopladados por el insistente, agudísimo sonido de las flautas, asoman por la izquierda los personajes, con paso exageradamente majestuoso. Son principalmente monarcas bienhechores, santones venerados, vestidos hasta lo indecible; fardos de sedería con barbas inmensas y blancas, con anchas mangas más largas que los brazos, con espada al cinto, un plumero ritual y un pañuelo en las manos. Su cabeza apenas sobresale, agarrotada bajo un tremendo casco relumbrante y agigantado en un penacho; un luminoso, vivísimo ropón talar lo cubre, abierto, mostrando un calzón recamado y cegador. En sus hombros, franjas de tela como estolas penden hasta los pies subidos en coturnos de metal y laca. Este es el personaje; avanza a pasos cortos, ceremoniales, como en un viejo baile; mueve hacia atrás la cabeza, de continuo, acariciándose las largas barbas; retrocede, se da vueltas para dejar admirar las costosas espaldas. Encarnación de lo solemne, cruza un momento la escena, empavesado, estupendo, maniquí sobrenatural de carmín y amarillo. Luego este inmenso fantasma de seda desaparece, cede el paso a otros aún más deslumbradores. Muchas veces duran largamente estos desfiles sin palabras, esta exhibición de atavíos. Cada movimiento, cada inflexión del paso del personaje son devorados y digeridos por un público ávido de maravilloso. El objetivo teatral se ha indudablemente logrado exaltando la importancia vestuaria; el derroche recaído sobre el cuerpo de un actor ha dado ansiedad y placer a una multitud.

El traje callejero chino es simple y sin belleza: una chaquetilla, un pantalón; el chino, laborioso, hormiguesco, desaparece en su común vestido; parece gastado, patinado por un trabajo de centurias; su cuerpo mismo parece usado como el mango de un martillo. Por eso, esa fantasmagoría escénica le abre la vida y ese fante prodigioso parece favorecer sus sueños.

Aún recuerdo mi impresión ante las primeras mujeres indostánicas que viera hace algunos meses en Colombo. Eran bellas, pero no es eso. Yo adoré sus trajes desde el primer día. Sus trajes en que el color rodea como un aceite o una llama. Es solamente una extensa túnica llamada *sari*, que da muchas vueltas de la cintura a los pies, dejando apenas ver al andar las ajorcas tobilleras y el talón desnudo; túnica que luego se tercia al torso con firme solemnidad y que en las mujeres de Bengala sube hasta la cabeza y encuadra el rostro. Es un sereno vestido péptico, clamidático, sobreviviente de una antigüedad ciertamente serena. Pero casi su total vida está en el color, en esa fuerza de colores para los cuales el nombre es pálido. Verdes, azufrados, amarantos, palabras sin vigor; son más bien tintas puras vistas por primera vez. Esas piernas adolescentes amarradas por una tela de fuego, esa espalda morena envuelta en una ola de luz, un peinado de moño negro en que relumbra una rosa de pedrería, quedan por mucho tiempo en la memoria como vivientes apariciones.

Ahora, al traje idostánico más bien es inherente su condición de nobleza, de tranquilidad. Nadie lo lleva mejor que Tagore: lo he visto, y envuelto en su túnica color trigo era el mismo Padre Dios. Estaba en su papel el poeta, en ese cargo por mitad sagrado y director. Yo di la mano al viejo poeta, grande en su ropaje, augusto de barbas.

En Birmania, donde escribo este ocio, el colorido solamente designa los trajes. El hombre se envuelve en faldas multicolores y a la cabeza un pañuelo rosado. Lleva una chaquetilla oscura, de estilo chino, sin solapas, es decir, franca; de la cintura arriba es un torero mongólico. Pero su pollerín, su «lunghi», es reluciente y extraordinario. De una manera es carmesí, o alazán o azul bermellón. Las calles de Mandalay, las avenidas, los bazares de Rangoon, ebulen perpetuamente teñidos de estas tintas deslumbrantes. Entre la multitud colorinesca pasean los «penyis», frailes budistas mendicantes, serios como resucitados, vestidos de un sayo ligero, vivamente azufrado, sagradamente amarillo. Esta muchedumbre es un día embanderado, una errante caja de acuarela, por primera vez quiero incurrir en la palabra calidoscopio.

Hablo de Burmah, país en que las mujeres sobrellevan largos peinados cilíndricos, en los que nunca falta la dorada flor del «panauk», y forman cigarros gigantescos. Venida a tierra la dinastía birmana, las bailarinas visten el traje de las princesas, blanco de joyas y con aristas inexplicables en las caderas. Estas aletas entraban la gimnástica dureza de las *pue* populares, hacen más extraños esos encogimientos indescriptibles de que están hechas sus tensiones mortales.

Con frecuencia en este tumultuoso jardín de los trajes, en esta abigarrada estación vestuaria cruzan las mezclas del grotesco y de lo arbitrario. Este es el parque de las sorpresas, el hervidero de las formas vivas, y se pierde la observación

en un océano de inesperadas variaciones, tentativas excelentes y momentáneas de osadía, y a veces bellas gentes desnudas.

(Recuerdo haber hallado en las afueras de Samarang, en Java, una pareja de danzarines malayos, ante un público escaso. Ella era una niña: vestía corselete, sarong y una corona de metal. El era viejo, la seguía moviendo los talones y los dedos del pie, según la manera malaya; sobre la cara llevaba una careta de laca roja, y en la mano un largo cuchillo de madera. Muchas veces, dormido, re veo aquella triste danza de suburbio.

Es que aquel era mi traje. Yo quisiera ir vestido de bailarín enmascarado: yo quisiera llamarme Michael.)

*Invierno en los puertos**

Shanghai, febrero de 1928.

Es triste dejar atrás la tierra indochina de dulces nombres, Battambang, Berenbeng, Saigón. De toda esta península, no en flor sino en frutos, emana un consistente aroma, una tenaz impregnación de costumbre. Qué difícil es dejar Siam, perder jamás la etérea, murmurante noche de Bangkok, el sueño de sus mil canales cubiertos de embarcaciones, sus altos templos de esmalte. Qué sufrimiento dejar las ciudades de Cambodge, que cada una tiene su gota de miel, su ruina Khmer en lo monumental, su cuerpo de bailarina en la gracia. Pero más aún imposible es dejar Saigón, la suave y llena de encanto.

Es en el Este un descanso esa región semioccidentalizada; hay allí un olor de café caliente, una temperatura suave como piel femenina y en la naturaleza cierta vocación paradisíaca. El opio que se vende en cada esquina, el cohete chino que suena como balazo, el restaurante francés lleno de risas, ensaladas y vino tinto, hacen de Saigón una ciudad de sangre mestiza, de atracción turbadora. Agregad el paso de las muchachas anamitas, ataviadas de seda, con un pañuelo hecho deliciosa toca sobre la cabeza, muñecas de finísima feminidad, impregnadas sutilmente de una atmósfera de gineceo, gráciles como apariciones florales, accesibles y amorosas.

Pero aquello cambia con violencia en los primeros días de navegar el mar de la China. Se cruza bajo una implacable constelación de hielo, un terrible frío rasca los huesos.

Ese desembarco en Kouloon, bajo una llovizna pétrea, tiene algo de acontecimiento, algo de expedición en un país esquimal. Los pasajeros tiritan entre sus bufandas y los coolíes que desembarcan los equipajes visten extraordinarios

**La Nación*, Santiago de Chile, domingo 8 de abril, 1928.

macfarlanes de arpillera y paja. Tienen aspecto de fantásticos pingüinos de una ribera glacial. Las luces de Hong-Kong tiemblan colocadas en su teatro de cerros. En el atardecer las altísimas construcciones americanas se desvanecen un poco, y una multitud insondable de techos, se acuesta a montones bajo las sábanas de una niebla gruesa.

Kouloon! Miro las calles en que recién Juan Guzmán¹ consumía y creaba un tiempo decididamente solitario, un aislamiento de espantoso vecindario inglés, y las avenidas parecen conservar aún algo de su literatura, algo elegante, frío y sombrío. Pero algo resuena al borde mismo de las aguas del canal, y es Hong-Kong vasto, oscuro y brillando como una ballena recién cazada, lleno de ruidos, de respiraciones misteriosas, de silbatos increíbles.

Y ya se halla uno rodeado de una ciudad hormigueante, alta y gris de paredes, sin más carácter chino que los avisos de alfabeto enigmático; una violencia de gran ciudad de Occidente —Buenos Aires, Londres— cuyos habitantes hubieran adquirido los ojos oblicuos y la piel pálida. La multitud que nos empuja en su tránsito va mayormente metida en enormes sobretodos, largos hasta la extravagancia, o en batas negras de seda o satín, debajo de las cuales asoma un grueso acolchado protector. La gente así vestida camina ridículamente obesa y los niños cuya cabeza apenas asoma entre esta espesura de vestuario, toman un curioso carácter extrahumano, hipopotámico. Cada mañana amanece una docena de muertos por el frío de la terrible noche de Hong-Kong, noche de extensión hostil que necesita cadáveres, y a la que hay que sacrificar puntualmente esas víctimas, alimentando así sus designios mortíferos.

Shanghai aparece más hospitalaria y confortable, con sus cabarets internacionales, con su vida de trasnochadora metrópoli y su visible desorden moral.

Todos los pasajeros del barco en que viajo descienden en Shanghai como fin de viaje. Vienen de Noruega, de la Martinica, de Mendoza. En todo el litoral de Oriente no hay mayor imán atractor que el puerto del río Wangpoo, y allí nuestro planeta se ha acrecido de un densísimo tumulto humano, de una colosal costra de razas. En sus calles se pierde el control, la atención se despedaza repartiéndose en millones de vías, queriendo captar la circulación ruidosa, oceánica, el tráfico agitándose millonariamente. Las innumerables callejas chinas desembocan en las avenidas europeas como barcas de extraordinarios velámenes coloreados. En ellos, es decir en la selva de tela que adorna el exterior² de los bazares, se encuentran a cada paso el león de seda y el loto de jade, el vestido del mandarín y la pipa de los soñadores. Esas callejas repletas de multitud, hechas de un gentío

¹ El poeta Juan Guzmán Cruchaga, por esos años, desempeñaba funciones consulares en Oriente.

² En el texto de *La Nación* se lee: »en la selva de tela y que adornan...«.

compacto, parecen la ruta de un solo gran animal vivo, de un dragón chillón, lento y largo.

Dentro del límite de las concesiones, el *Bund* o *City* bancaria, se extiende a la orilla del río; y a menos de cincuenta metros los grandes barcos de guerra ingleses americanos, franceses, parecen sentados en el agua, bajos y grises de silueta. Estas presencias severas y amenazantes imponen la seguridad sobre el gran puerto. Sin embargo en ninguna parte se advierte más la proximidad, la atmósfera de la revolución. Las puertas de hierro que cada noche cierran la entrada de las Concesiones, parecen demasiado débiles ante una avalancha desencadenada. A cada momento se ostenta la agresividad contra el forastero, y el transeúnte chino, súbdito antiguo de Nangkin y Londres, se hace más altanero y audaz. Mi compañero de viaje, el chileno Alvaro Hinojosa, es asaltado y robado en su primera excursión nocturna. El coolí de Shanghai toma ante el blanco un aire de definida insolencia: su ferocidad mongólica le pide alimento en este tiempo de ferocidad y sangre. Ese ofrecimiento que el viajero oye en Oriente mil veces al día: *Girls! Girls!*, toma en Shanghai un carácter de imposición; el *rickshaman*, el conductor de coches, se disputan al cliente con aire de ferocidad contenida, desvalijándolo desde luego con los ojos.

Sin embargo Shanghai excepciona la obscura vida colonial. Su vida numerosa se ha llenado de placeres; en Extremo Oriente marca el mismo solsticio del cabaret y la ruleta. A pesar, yo hallo cierta tristeza en estos sitios nocturnos de Shanghai. La misma monótona clientela de soldados y marineros. Dancings en que las piernas bombachas del marino internacional se pegan obligatoriamente a las faldas de la rusa aventurera. Dancings demasiado grandes, un poco oscuros, como salas de recepción de reyes desposeídos, y en cuyo ámbito la música no alcanza hasta los rincones, como una calefacción defectuosa, fracasada en su intento de temperatura e intimidad.

Pero como inquebrantable recurso de lo pintoresco, hay la calle, el sorpresivo, magnético arroyo del Asia. Cuánto hallazgo, qué sacó de extravagancias, qué dominio de colores y usos extraños cada suburbio. Vehículos, vestuarios, todo parece revuelto entre los maravillosos dedos del absurdo. Frailes taoístas, mendicantes budistas, vendedores de cestos, repartidores de comidas, juglares, adivinos, casas de placer o Jardines del Té, dentistas ambulantes, y también el palanquín señorial transportando a bellas de dientes que sonríen. Cada cosa delata un encuentro intraducible, una sorpresa súbita que se amontona a otras.

*Nombre de un muerto**

Singapore, febrero de 1928.

Yo lo conocí a Winter en su puerto, en su escondrijo de Bajo Imperial. Lo conocí de leyenda, lo conocí luego de vista, y al fin de profundidad. Cómo asombrarse de que se haya muerto? Como no me sorprende de que una mujer joven tenga hijos, que un objeto dé sombra. La sombra de Winter era mortal, su predilección iba enlutada, era un auténtico convidado de fantasmas, Winter. ¡Su vocación de soledad fue más aguda que ninguna y su penetración en lo inanimado lo aislaba, envolviéndolo en frío, en aire celeste. Estudiante de Sombras, Licenciado de los Desiertos!

Don Augusto era el hombre de manos minúsculas, de ojos de agua azul, el hombre aristocrático del Norte, el viejo caballero auténtico. Llegó al Sur a contrastar, a una tierra de mestizos revoltosos, de colonos oscuros, a un semillero de indios sin ley. Allí vivió don Augusto, delicado, envejeciendo. En su cercanía más próxima había libracos, sabidurías, y a su alrededor, un cortinaje denso de lluvia y alcoholismo. Hasta mis recuerdos se asustan de aquellas soledades! Cuando el mal tiempo se desamarra por allí, las aguas parecen parientes del demonio, y las del río, las del mar, las del cielo, se acoplan, bramando. País abandonado en que hasta las cartas llegan sin frescura, ajadas por las distancias, y en que los corazones se petrifican y alteran.

Eso todo está pegado con mi niñez, eso, y don Augusto, con su barba medio amarilla de tiempo, y sus ojos de viaje certero. A mí —hace tantos años— me parecía misterioso ese caballero, y su luto y su aspecto de gran pesar. Yo espí sus paseos de la tarde, en que paso a paso por la orilla de un mundo amortecido, miraba como para adentro, como para recorrer sus propias extensiones. ¡Pobre, solo! Después de entonces he visto hombres ya muy apartes, ya muy dejados de la vida, y muy abstenidos de acción, muy envueltos en distancias. Pero como él, ninguno. Ninguno de tanta confianza en la desgracia, de tanta similitud con el olvido.

Yo muchas veces oí aullar los largos temporales de la frontera, conversando con Winter. A veces lo vi, puro sobre fondo sangriento, escuchar el rumor del vocerío eleccionario, y así me parecía como desterrado de ejemplo, don Augusto, tan excepcional, tan acendrado, entre el huracán de los mapuches y el galope asolador de los rifleros. Con fondo de lluvias, de lagos australes, estaba más en paz, parecido él mismo al elemento transparente y turbado. Detrás de una cortina de años, de años deslizados de a mes, a semana, de a día, millones de horas en el mismo sitio, rompedoras y amargas como tenacidad de gotas. Yo recuerdo su

**La Nación*, Santiago de Chile, domingo 20 de mayo, 1928. El poeta a quien Neruda rinde homenaje en este artículo vivió entre 1868 y 1927.

casa, su tabaco, su teosofía, su catolicismo, su ateísmo, y lo veo tendido, durmiendo, escoltado por tales costumbres y ansiedades. Yo admiro su figura y con horror me persigno ante ella, para que me favorezca: ¡apártate, soledad tan tremenda!

Algo hay de él en sus versos, algo en esa como cadencia errante que poseen, en esa luz de paciencia y ese tejido de edad que parecen tener. Sus poesías son como viejos encajes destructivamente marchitos, tienen un aire ajado y un olor de escondite. Son viejas laudatorias en que una nota de aguas melancólicas, ay!, se repite un acorde de tristeza espacial, de sueños perdidos. Su poesía es el caer y recaer de un sonido desolado, es la pérdida¹ y la devolución de una substancia desgarradora.

Pero había además en él una trepidación de insostenibles desesperaciones. Yo lo noté visitado por las incertidumbres y a un mismo tiempo comían de su alma la paloma y el látigo. Su existencia buscaba un Derrotero, sus condiciones dolientes rechazaban y exigían.

Pienso en su cadáver acostado y callado, al lado del Mar Pacífico. ¡Camaradas viejos, camaradas amargos!

*Ceylan espeso**

Wellawatta, julio de 1929.

¡Litoral feliz! Una barrera de coral se alarga, paralela a la playa; y el océano interrumpe allí sus azules en una gorguera rizada y blanca y perpetua de plumas y espumas; las triangulares velas rojas de los sampangs; la longitud pura de la costa, en que como estallidos, ascienden sus rectos troncos las palmas cocoteras, reuniendo, casi en el cielo, sus brillantes y verdes peinetas.

Cruzando casi en línea recta la isla, en dirección a Trincomali, el paisaje se hace denso, terrestre; los seres y cosas muebles desaparecen, la inmutable, sólida selva lo reemplaza todo. Los árboles se anudan ayudándose o destruyéndose, y mezclándose pierden sus contornos y así se camina como bajo un túnel de bajos y espesos vegetales, entre un pavoroso mundo de coles caóticos y violentas.

Rebaños de elefantes cruzan la ruta de uno en uno; pequeñas liebres de la jungla saltan velozmente huyendo del automóvil; gallinas y gallos silvestres, minúsculos y finos, asoman por todas partes; frágiles y azules aves del Paraíso aparecen y huyen.

¹ *pedida*, en el texto, con menos sentido.

**La Nación*, Santiago de Chile, domingo 17 de noviembre, 1929.

De noche nuestra máquina corre silenciosamente a través de los perfumes y las sombras de la jungla. De todas partes brotan ojos de seres sorprendidos; ojos que arden verdemente como llamas de alcohol; es la noche selvática, poblada de instintos, hambre y amores, y disparamos constantemente a los cerdos salvajes, a los bellos leopardos, a los ciervos. Bajo las lámparas del automóvil se detienen sin intentar huir, como desconcertados, y luego caen desapareciendo entre los ramajes, y se trae un moribundo todo húmedo y magnífico de rocío y sangre, con olor a follaje y a la vez a muerte.

Hay en la espesa selva un silencio igual al de las bibliotecas, abstracto, húmedo.

A veces se oye el trompètear de los elefantes salvajes, o el familiar aullido de los chacales. A veces un disparo de cazador estalla y cesa, tragado por el silencio, como el agua traga una piedra.

Descansan también, en medio de la selva, e invadidas por ella, las ruinas de las misteriosas ciudades cingalesas: Anuradhapura, Polonaruwa, Mihintala, Sigiriya, Dambulla. Delgados capiteles de piedra enterrados por veinte siglos asoman sus cáscaras grises entre las plantas; estatuas y escalinatas derribadas, inmensos estanques y palacios que han retornado al suelo con sus genitores ya olvidados. Todavía junto a esas piedras dispersas, a la sombra de las inmensas pagodas de Anuradhapura la noche de luna llena se llena de budistas arrodillados y las viejas oraciones vuelven a los labios cingaleses.

La trágica roca Sigiriya viene a mis recuerdos mientras escribo. En el espeso centro de la jungla, un inmenso y abrupto cerro de roca, accesible tan sólo por inseguras, arriesgadas graderías talladas en la gran piedra; y en su altura las ruinas de un palacio, y los maravillosos frescos sigiriyos intactos a pesar de los siglos. Hace mil quinientos años, un rey de Ceylán, parricida, buscó asilo contra su hermano vengador, en la cima de la terrible montaña de piedra. Allí levantó entonces, a su imagen y semejanza, su castillo aislado y remordido. Con sus reinas y sus guerreros y sus artistas y sus elefantes, trepó y permaneció en la roca por veinte años, hasta que su hermano implacable llegó a destruirlo.

No hay en el planeta sitio tan desolado como Sigiriya. La gigantesca roca con sus tenues escalerillas talladas, interminables, y sus garitas ya para siempre desiertas de centinelas; arriba, los restos del palacio, la sala de audiencias del monarca con su trono de piedra negra, y por todas partes ruinas de lo desaparecido, cubriéndose de vegetales y de olvido; y desde la altura, a nuestro alrededor, nada, sino la impenetrable jungla, por leguas y leguas, nada, ni un ser humano, ni una cabaña, ni un movimiento de vida, nada sino la oscura, espesa y oceánica selva.